

GALLEGOS EN MONTEVIDEO

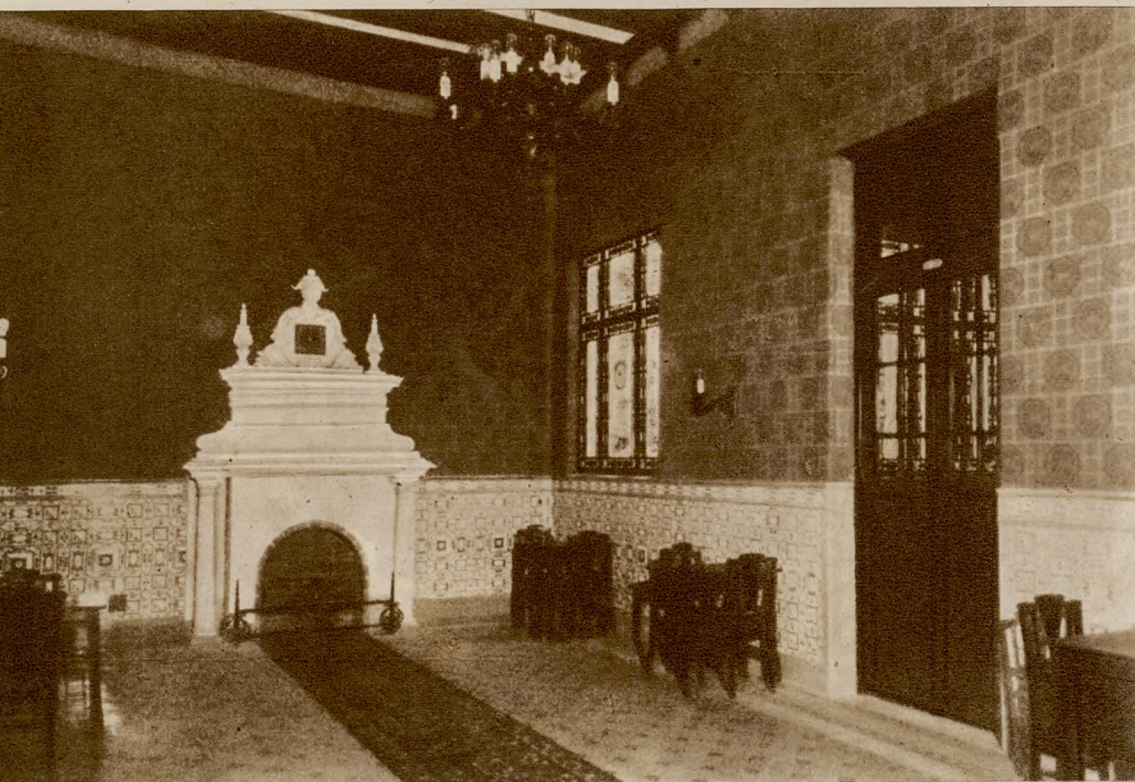
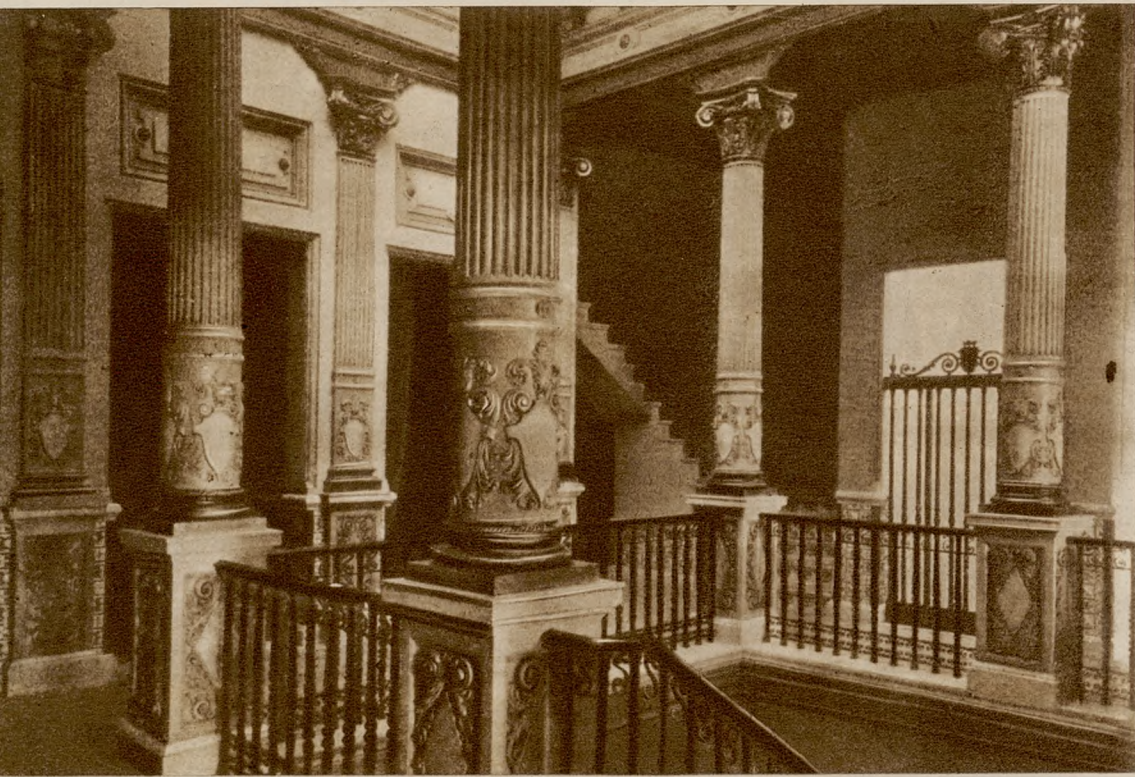
UN CENTRO REGIONAL CON AIRE DE PAZO

Por GERMAN FERNANDEZ FRAGA

YA se quedaron atrás, anclados en el mejor recuerdo, setenta y un años de vida en la organización de los residentes gallegos en Montevideo. Setenta y un años que hablan de amores firmes a la casona alzada para querer, y recordar, a Galicia. Y ya el tiempo no se detendrá nunca para la colectividad gallega de esta Ciudad de San Felipe y Santiago, que siempre contará con el dulce arrimo de la tierra nativa, hecho piedra labrada en el suntuoso palacio de la calle de San José. Queden aquí, en estas líneas humildes, que valoran las páginas de MVNDO HISPANICO, los nombres de los precursores, de aquellos dos celtas que, un día de agosto de 1879, tal vez húmedos los ojos por la nostalgia de la tierra, decidieron perpetuar a Galicia en el Uruguay levantando con amor nuestra casona. Fueron ellos los hermanos Benigno y Tomás Salgado Vázquez. Dos hombres a los que el destino tenía reservada esta misión.

La idea del hogar gallego fué como una jubilosa diana para todos los que, cargados de añoranzas, esperaban la voz alentadora. Y muy pronto la hermosa realidad ofrecía a la ciudad de Montevideo la sobria silueta de una casa que, a la vez que refugio para descansos merecidos, suponía también amor e identificación a la tierra uruguaya, porque

A la derecha: Fachada del edificio del Centro Gallego de Montevideo. Abajo: Vestíbulo del piso segundo y ángulo del salón de invierno del suntuoso edificio social.



desde el primer instante se abrían sus puertas de par en par para la gran familia oriental. Y fueron manos uruguayas las que dieron forma a la idea del Centro Gallego. El general arquitecto Alfredo R. Campos, ex ministro de Guerra, descendiente de gallegos, puso amor profundo en dar a la idea noble aspiración. Nada de rebuscamientos por senderos estilísticos, reñidos con la idiosincrasia de los hijos de Galicia. Casa de solidez, sobria, acogedora, con profundas reminiscencias del pazo gallego. Los dueños de la casa eran y son hombres de agro, laboriosas hormigas de tareas rudas, nobles constructores de grandeza, pero también humildes, sencillos, emocionalmente buenos. Por eso, tal vez, en el interior del Centro Gallego de Montevideo puede el alma rezar a Dios como en un templo y cantar el corazón un verso de Rosalía. Todo es propicio para ello. El rosario de recuerdos que los asociados repasan diariamente, tras la jornada, elevando el espíritu para posarlo en la ribera o en la montaña nativas, en el dulce prado, en el ancho y apacible río de leyenda o en el pinar quejumbroso. Y también el afán y el ansia, encadenados en una superación de esfuerzos para devolverle a este Uruguay el cariño, con limpia moneda de amor, la fidelidad, que es virtud española. Esa fidelidad que va purificándose de padres a hijos, sin torpes desvíos. Es en este Centro donde palpita con mayor intensidad la fibra más alta del gallego, constituyendo ejemplar familia, en la que todos se sienten hermanos, sin regionalismos absurdos ni atisbos comarcales. En el Centro Gallego aprendieron muchos célticos la grandeza de nuestra Patria, a través de actos en los que al alto pensamiento de los mejores intelectuales asentó la razón—doble razón—de poder enorgullecerse de Galicia, pero siempre al lado de las tierras hermanas de España, iguales en grandeza y todas ellas piezas soberbias de una historia sin paralelo. En la formación del Uruguay tienen ancha labor los hijos de Galicia. Al lado de Bruno Mauricio de Zabala—el fundador—, la crónica ya nos habla de un gallego, el capitán Lemos—Francisco Antonio de Lemos—, primer comandante militar de la plaza de Montevideo. Sangre gallega ardía en las venas de Santiago Vázquez, el buen constituyente del año 1830. Gallego era asimismo Santiago Villalba y Coba, bachiller de Santiago, cabildante y administrador de la Real Hacienda, cuyos apellidos constituyen aún hoy familia de arraigo en el Río de la Plata. Y los Riverós, que, al decir de Javier Gomensoro, «habían traído de La Coruña un alma fiera y armoniosa a la vez. Sensibilidad de las rías junto a las fuerzas casi sobrehumanas de los que en las batallas llevaban orgullosos el pendón del Apóstol Santiago. Había traído esa familia tradición y cultura arrancadas desde don Manuel Armando, que fué cirujano mayor de la Armada española, en el siglo XVIII, que gustó de la aventura por mares y por puertos remotos, grávidos de Historia».

No puede este Uruguay del afecto desprenderse de un pasado tan rico, en el que, por fuerza, se asienta su grandeza de hoy. En todas las épocas y en todas sus horas, en las nobles horas de la Colonia como en las hermosas de su independencia, tienen misión ancha y amplia los residentes gallegos, desde la formación de batallones de

gallegos para luchar contra Inglaterra, hasta ese fundirse de un Alonso Trelles, celta de noble andar, que se adueña de la poesía gaucha, inmortalizada en su apelativo de «Viejo Pancho». La pluma de Javier Gomensoro nos lo dice con ardorosa pasión y con orgullosos incontentos: «Roque Antonio Gómez nos legó el recuerdo de sus virtudes. Llegó a Montevideo en la segunda mitad del siglo XVIII y aquí entroncó su vida con Inés Calvo, oriúnda de la Plaza Fuerte. Con esa dama, digna cristiana y majestuosa en su sencillez, fundó una familia, que es hoy cimiento vivo de tradición preciada. Era generoso y piadoso como el que más el señor don Roque Antonio. Murió con sayal franciscano y legó a sus hijos valores espirituales de la más pura esencia. Señaló el camino que han continuado los gallegos en su obra de progreso y de trabajo honesto para el bien del país. Casi se puede afirmar que no hay familia en el Uruguay, anterior a 1830, que por alguna de sus ramas no lleve sangre gallega. Sólo don Roque Antonio Gómez, por el vínculo de la sangre o por entroncamiento con sus hijas, nietas o biznietas, tuvo más de tres mil doscientos descendientes. Jurisconsultos, magistrados, médicos, ganaderos, financistas, ministros, legisladores, muchos de ellos de participación señalada y activa en el progreso nacional y en sucesos memorables de nuestra historia.

La obra de aquellos precursores, que hace setenta y un años cimentaron con piedra el nombre de Galicia en el Uruguay, ha servido para que los sencillos emigrantes del Noroeste de España contaran hoy con la orgullosa realidad de una casa, en cuyo interior se ha desgranado muchas veces el alto pensamiento de los hombres de ciencia, como una generosa y alta aportación a la inquietud espiritual de la tierra adoptiva. Escritores y poetas pasaron por esta casa en sucesión constructiva, gracias al amor de los gallegos que, emigrantes un día de noble emigración, vinieron a continuar la obra de los conquistadores. A tal punto, que un alto espíritu uruguayo, el doctor Augusto Turenne, alza su voz para decirnos: «Eso es lo que ha hecho el Centro Gallego



Centro Gallego de Montevideo: Detalle de la entrada principal.

en largos años; sus componentes habrán experimentado la nostalgia, la «morriña», que todos los pueblos de origen celta sienten con tanta intensidad; pero sus «saudades» no debilitarán jamás su cariño a esta tierra, cuya cultura, cuya riqueza y cuyo bienestar contribuyeron a robustecer.» Palabras de oro para el orgullo de los hijos de Galicia, que siempre han tenido tiempo para cantar en el alegre trabajo y para llorar el intenso recuerdo de las rutas infantiles, cabe los muros de la casa paterna, sin desmayar nunca en la misión tenaz y emocionada de honradez de sus horas de emigración. El más alto espíritu del Uruguay, la dulce Juana de Ibarbourou, no puede tampoco escapar a esa «presencia» permanente de los hijos de Galicia y les dedica una hermosa vibración de su alma lírica:

*Patria de mi padre, luminosa y grande,
¡qué profundamente te quiero también!
me crié soñando con tu maravilla;
no quiero morirme sin verte una vez.*

*Cuando a ti yo llegue has de conocerme
por el gozo trémulo, por la palidez,
por la emoción honda de risa y de llanto,
por el verso puro que te llevaré.*

*Con el niño mío, que también te ama,
¡oh, Galicia mía!, hemos de traer
a la tierra india que amparó a mi padre
algo de tu hechizo y tu sencillez.*

Fidelidad heredada, limpia tradición, acabada honradez, que se ensamblan a un pasado de luchas tenaces dentro de la alta misión de una casta misión que no terminará jamás su labor, porque, nacida en riberas azules o en verdes montañas, aprendieron a llevar siempre en lo más profundo de sus ojos la encendida verdad de la rosa de los vientos.

Montevideo, 7 de julio de 1950.



La Casa de Galicia de Montevideo.— Arriba: El señor Presidente de la República del Uruguay, don Luis Batlle Berres, acompañado de su señora esposa, doña Matilde Ibáñez Tállice de Batlle Berres; del intendente municipal de Montevideo, don Germán Barbatto, y del presidente de la Alta Corte de Justicia, Dr. Armand Ugón, durante la visita que el primer magistrado hizo al local de la citada entidad gallega.—En el centro: El nuevo edificio policlínico levantado en pleno centro de Montevideo por la Casa de Galicia. En él se han instalado los más modernos elementos para la asistencia médica de sus asociados, que pasan de los 30.000.— Abajo: El coro regional gallego «Pascual Veiga», durante una de sus actuaciones en uno de los principales teatros de Montevideo.

